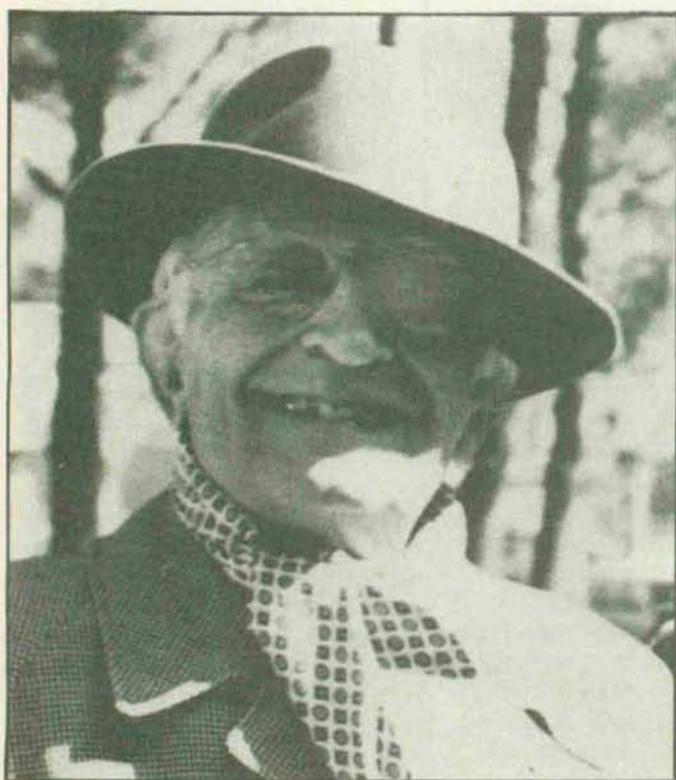


EDICION DE MADARIAGA



A finales de Julio Salvador de Madariaga cumplía noventa y un años. Celebró el cumpleaños en un hotel de Locarno, ciudad suiza que seguramente le traería lejanos recuerdos de sus años diplomáticos en la Sociedad de Naciones. Don Salvador parece encontrarse joven y con excelente apetito: dicen que en la noche del cumpleaños cenó nada menos que «salmón, poularda, tarta y soufflé, y bebió champagne». Además, trabaja en un nuevo libro, que aparecerá en este otoño y continúa escribiendo en los periódicos.

Larga vida la de este liberal nato, como él gusta definirse, porque —escribe— se nace liberal como se nace rubio o moreno. Vida en la que hay tantos episodios que producen irritación en unos, opiniones sorprendidas para otros, escándalo a veces, interés casi siempre...

Ahora, la editorial madrileña Espasa-Calpe y la bonaerense Sudamericana editan conjuntamente las obras de Salvador de Madariaga. Edición muy cuidada, es una nueva oportunidad para esa sorpresa, irritación, admiración o escándalo. Estos son los títulos publicados: «De la angustia a la libertad», «Memorias de un federalista», «El auge y el ocaso del imperio español en América», «El semental negro», «Nataaniel», «Guerra en la sangre», «Una gota de tiempo». ■

Basta consultar cualquier enciclopedia o manual para encontrar, en primer lugar, unas fechas que lo enmarcan en el tiempo; luego, una serie de nombres propios y de referencias a hechos concretos. Si decimos, pues, «1789-1799», citamos a Marat, Danton o Robespierre o hablamos del asalto a la Bastilla, la abolición de la monarquía o la constitución de la Asamblea legislativa, todo el mundo sabrá a qué nos referimos. Una vez identificados los hechos, el conocimiento histórico no debería plantear mayores problemas.

Todo lo anterior parece caer por su propio peso y, sin embargo, como nos advierte el filósofo marxista polaco, Adam Schaff, entre otros, las cosas no son tan sencillas (1). En primer lugar, los historiadores muestran divergencias entre sí a la hora de enfrentarse a un acontecimiento como el señalado. Discrepan hasta el punto de que hay quienes niegan, por ejemplo, de que pueda hablarse de una sola revolución, sino de

varias, encabalgadas unas sobre otras, y cada cual con una dinámica propia. Como tampoco se ponen de acuerdo en la selección de los hechos significativos de ese período o en la interpretación de las causas que lo motivaron. Así, para remitirnos a los ejemplos del propio Schaff, mientras un historiador como Michelet veía la causa inmediata de la Revolución de 1789 en la miseria del pueblo, Tocqueville atribuía su estallido, por el contrario, a la «prosperidad pública» y a la falta de adecuación entre los restos de unas instituciones feudales y la nueva realidad económico-social. Estas interpretaciones, en principio opuestas, serían recogidas más tarde por otros historiadores franceses: así veremos, por ejemplo, a Jaurès enfrentado a Taine, y a Lefebvre discrepando de Labrousse.

¿Qué podemos deducir, se pregunta Schaff, de todo ello? ¿Que las distintas interpretaciones son producto de un desigual conocimiento de unos mismos hechos? ¿Que unas y otras están condicionadas por factores subjetivos o por los intereses propios del medio y del momento en

que se desenvuelve el historiador?

Contestar afirmativamente a la primera pregunta equivale a situarse en el marco del **positivismo**, mientras que en el segundo caso estaríamos dentro de la tendencia, diametralmente opuesta, del llamado **presentismo**.

Para los positivistas, en efecto, el conocimiento histórico sería algo así como el simple reflejo pasivo de los acontecimientos del pasado tal y como realmente se desarrollaron. La tarea del historiador no podría ni debería ser otra que la de inventariar cronológicamente los elementos de ese pasado conforme fueran saliendo a la luz gracias al propio desarrollo de las técnicas y los instrumentos de investigación.

A esta doctrina, **el presentismo** —heredero de la «historia pragmática» de Hegel— opondría su concepción dinámica del conocimiento histórico como reconstrucción del pasado a partir de los intereses y aspiraciones concretos y siempre cambiantes del presente. Para el filósofo Benedetto Croce, por ejemplo, a quien tanto debe el presentis-

(1) *Historia y verdad*, de Adam Schaff. Colección Crítica. Grupo editorial Grijalbo.